

EN LA CASA DEL PUEBLO

# UNA CONFERENCIA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

«LA ESTRUCTURA SOCIAL DE ESPAÑA»



Dió ayer su anunciada conferencia en el Salón de actos de la Casa del Pueblo el catedrático D. Miguel de Unamuno.

El presidente de la Escuela Nueva, Sr. Nuñez de Arenas, pronunció breves palabras dedicando un saludo a los compañeros que han caído defendiendo sus ideales.

Esos aplausos que habéis tributado al Sr. Unamuno—agregó después—son un corolario de desagravio del acto realizado anoche por un grupo de intelectuales en el banquete de Casersa.

Queriendo nosotros dar a nuestra Escuela un carácter de estudio y política a la vez, hemos pensado que nadie como el Sr. Unamuno para ocupar nuestra cátedra.

## Habla Unamuno

A continuación el Sr. Unamuno dijo, en síntesis, lo siguiente:

«Amigos míos y compañeros: Es tal el tumulto de ideas y emociones producidas por la vida intensa de España durante los últimos meses, que es difícil poner orden en nuestro pensamiento. Deseo que una vez más hagamos examen de conciencia del espíritu político para que la visión del presente tenga una proyección hacia el porvenir.

Este es el único concepto aceptable que podemos tener de lo que se llama un programa. Carlos Marx decía, en cierta ocasión, que todos los que hacen programa son reaccionarios. Nosotros no podemos constituir esperanzas más que sobre cimientos de recuerdo. El hoy es el pasado que se esfuerza por ser porvenir.

Hagamos, pues, un examen de la realidad presente. España ha sido, social y políticamente, un país informe, mullaginoso, o impuesto mejor en la constitución especial de los crustáceos, que tienen los huesos fuera y la carne dentro.

Menéndez Pelayo dijo que había en España una verdadera democracia frutillana. Efectivamente, España ha sido un país igualitario, pero con una igualdad en la mezquindad: todos igualmente pobres y perdidosos.

Sobre la aristocracia, la clase media y el pueblo, era tradicional colocar al Rey abarcándolos a todos y evitando sus choques. Del Rey podemos prescindir en España al hacer este análisis político. En realidad, no lo hay. Y si no nos interesa mucho la forma de Gobierno, es porque nunca la ha habido. La Monarquía ha estado disuelta, anegada en una oligarquía. Hemos llegado a una situación parecida a la que en la Historia de Francia se llama «Período de los reyes holgazanes».

Tampoco se puede decir que haya existido la aristocracia. La nobleza española no tiene verdadera intervención en la vida del país. Hay algunos señoritos de esos que juegan en el Club o cazan en el cazadero, pero no son más que un elemento decorativo o pintoresco.

No tiene por ello valor real. Y esa aristocracia ha sido sustituida por lo que Costa llamó oligarquía y caciquismo.

Nuestra oligarquía es, como todas nuestras oligarquías, de talla muy mezquina. Nuestros millonarios no cuentan sus millones por dólares, sino por reales.

Esta oligarquía, que ha sustituido con desventaja a la aristocracia, es la que ha armado ese mecanismo que se llama el tinglado electoral, artificio bastante frágil. Aparece ahora con financieros y negociantes, a los cuales se atribuye el propósito de organizarse para la compra de conciencias. Pero no ha habido burguesía, acaso, como ha indicado el Sr. Pittaluga, porque la expulsión de los judíos privó a España de los que han sido en todos los países germen de burguesía, y acaso porque marcharon a América aquellas almas resueltas y llenas de ambición.

A esta burguesía inexistente la ha sustituido la clase media, o mejor, la burocracia, en el sentido estricto de la palabra.

Es una empleomanía, como antiguamente se decía, que por sus medios eco-

nómicos está dentro del proletariado y aun por debajo de los obreros.

No ha tenido nunca el sentido de la ascensión. Le ha bastado siempre con asegurarse el garbanzo. Todos conocéis la tragedia de un oficial quinto que se permite tener ocho o nueve hijos.

Además, la desaparición de los cesantes, pues casi todos los empleados han conseguido la inmovilidad, les ha convertido en ejército permanente y les ha dotado de un fuerte sentido conservador.

Parte de esta clase media es el ejército. No ha sucedido en España lo que en Alemania, donde la aristocracia ha nutrido el cuadro de la oficialidad. Aquí la mayor parte pertenecen a la clase media, que ha pretendido de esta manera asegurarse el sustento. Una parte del ejército, en sus grados inferiores, llega también a confundirse económicamente con el proletariado.

llegado a limitar el de los oficiales pobres.

Queda, por último, el pueblo, que ha sido, más que pueblo, masa, turba. Nada podemos decir del pueblo de los campos. Es una tristeza. Hay que conocer esos pueblos de señorío, en los que una sola persona es propietaria de todo el contorno. Y a veces ocurre que son expulsados en masa, que queda un solo rentero, y que se roturan cementerios, sufriendo el pobre campesino el dolor de ver cómo blanquean al sol los huesos de sus hermanos. No es posible hablar allí de libertad de trabajo, porque, aunque tienen las manos libres, tienen grilletes en los pies. Ni siquiera puede gozar de la belleza de la naturaleza, que nos cautiva a los hombres de la ciudad. Únicamente pueden mirar cara al cielo; no pueden ver otra cosa. Cristo fué crucificado en un leño; podía abarcar con sus ojos el cielo azul, los campos y los montes remotos. El labriego español ha sido crucificado en el suelo, y no puede ver otro horizonte que el celeste.

Entre el elemento obrero ha comenzado a producirse el socialismo. También apunta en el campo, y con caracteres más terribles.

Hace ya tiempo que entramos en el período de huelgas. Y observad que hay también una tendencia obrera hacia la burocracia. Es frecuente el caso de un bracero que aspira a ser consumero. Y la aspiración—esto no lo digo como censura—de los obreros ferroviarios es que el Estado se incaute de los ferrocarriles y se les considere como funcionarios.

La clase media tiene cierta simpatía por el pueblo, pero le tiene miedo. Y como el Estado es un hospicio pródigo, teme cualquier alteración del orden que ponga en peligro la nómina.

Este sistema hizo crisis recientemente. Las Juntas de Defensa no son más que una expresión de este estado de la clase media, y si en un principio fueron acogidas aquellas con simpatía y entusiasmo, fué porque denunciaban un mal común.

Ocurría que los militares sufrían más que los demás, en la arbitrariedad de los ascensos. Estos días se habla de una Real orden en la que se decía que la distribución de ascensos y recompensas sería arbitrario personal del jefe del Estado. Se establecía así un sistema que había sido rechazado por la mayoría de la oficialidad.

Esta arbitrariedad produjo el estallido de los que se oponen a pasar por la cortesanía, que no es más que una forma y la más triste de la mendicidad.



Aquel movimiento se produjo en Cataluña, y en esto debéis ver una influencia del ambiente. Cataluña es, con algunos otros escasos islotes, entre ellos mi país vasco, el único sitio de España donde hay algo como una burguesía europea, y esto ha creado un ambiente en el que el empleado se encuentra un poco fuera de su medio.

A un oficial le es difícil en estas circunstancias aun el buscar una compañera; las mujeres prefieren un comerciante, un pequeño fabricante y hasta un viajante, que puede ensanchar su fortuna, a un empleado de sueldo fijo.

No se deciden a unir su vida a la de aquellos que tienen unida la suya a la nómina. En aquel ambiente han sentido la pobreza de la clase media. Añadid a esto el servicio obligatorio, que ha llevado los millonarios a los cuarteles.

Las Juntas de Defensa son la implantación de la democracia en el Ejército, pero con una doble contradicción: que siendo la milicia una entidad de mando impersonal se ha destruido su fundamento esencial.

Esto se parece algo a lo que sucedía últimamente en Rusia, en que el regimiento entero votaba si había de atacarse. Esto es absurdo.

Dentro de esta contradicción va envuelta otra, y es que la publicidad es requisito de la democracia, y estas Juntas, que han destruido la autoridad descendente, estableciendo un régimen democrático, poniéndolo en secreto, interesando un despotismo colectivo mucho más nocivo... (Grandes aplausos.)

Tomen las medidas que quieran, pero debatiéndolas públicamente.

Cuando se quiere comentar públicamente su conducta, el ministro amenaza con la ley de Jurisdicciones.

Este régimen democrático puede terminar en los Soviets o acaso en la huelga de los soldados rasos. Dios sabe si un día, porque el rancho no tiene sabor, se van a sus casas o no se presentan siquiera a ser tallados. (Ovación.)

Y el día que llegue la huelga de soldados, no sé lo que puede hacer ese hombre a quienes algunos consideran como un futuro dictador: un dictador al dictado... (Aplausos y risas.)

A la vista de este estado de cosas se están formando lo que se llama generalmente izquierdas.

Lo que han de hacer éstas es mantener el estado de inquietud, de descontento, de tensión pública; las fiebres son muy útiles, porque eliminan una porción de elementos nocivos para la salud.

Esta tensión es un bloqueo para ciertas clases, que, al cabo, tendrán que sucumbir.

Hay quien dice que para trabajar se necesita paz interior. Ese era uno de los estribillos del difunto Sr. Dato. (Risas.)

Para trabajar necesitamos guerra. Todos los pueblos que han prosperado lo han hecho merced a la huelga. Cada huelga trae la aplicación de un adelanto técnico.

El molino de agua no se estableció hasta que el esclavo comenzó a encaecer. El mejor trabajador es el huelgista, y el supremo vago de los vagos es el esquirol.

Destruir es más preciso que construir. Dentro de algún tiempo se reunirá un Parlamento más. Lo mejor que podía hacer era obra desconstituyente y desgastadora.

La otra legislación ya surgiría espontáneamente.

En los llanos de Urgel ha surgido una entidad que no es el Ayuntamiento, y que llena todos los fines de la vida local.

Como este caso ocurren muchos en España; la serpiente sólo echa la piel vieja hasta que tiene debajo formada la piel nueva.

Ayudemos a que el país arroje la mala corteza, y un buen día esos pobrecitos hombres, temerosos del mañana, verán con asombro que al desmoronarse la España vieja, aparece formada debajo una España nueva, resplandeciente... (El público—en el que figuraban algunos sacerdotes—ovacionó durante algunos momentos al orador.)

